

15. YAIZA BERROCAL

(Llinars del Vallès, 1991)

Voy a educar a mis hijos para que se coman a los tuyos o sobre ricos, teatro y capital cultural.

Ser rico es de mal gusto hasta para los ricos. Pertener a la clase social dominante resulta embarazoso cuando gracias a la exquisita educación recibida no puede soslayarse durante más tiempo la conciencia de pertenecer al grupo equivocado, el ominoso grupo de los explotadores de las vidas de los demás.

Por suerte para ellos, desde siempre ha existido un recurso infalible para tapar sus vergüenzas y compensar la fealdad de esa certeza: el arte.

Si los ricos son ricos es para poder disfrutar de lo que le niegan a los pobres: de tiempo y de lugar para reconocerse, para enunciarse, para pensarse en el mundo, para gozarlo. A veces los ricos sienten vergüenza de serlo, así que han ido rascando en sus archivos (esto también los distingue del resto: ellos tienen archivos) algún primo segundo campesino (por no decir terrateniente) o algún tataratío abuelo marinero (que por alguna razón se afincó en Cuba).

Pero si tampoco se cuenta con ello, siempre hay la opción de apropiarse de la miseria de los demás. Con la excusa de *visibilizar* y de *dar voz*, cooptar historias urgentes que iluminan las razones de la desigualdad y que contienen un potencial político invaluable; quitárselas a quienes pertenecen, deformarlas hasta hacerlas caber en el marco de la socialdemocracia que nos dimos entre todos y volverlas inofensivas, inocuas, ridículas. Dar voz, visibilizar, dicho de otro modo: que los mismos de siempre expropien voces y acumulen su capital cultural, que conviertan la injusticia en un producto de consumo más para el ocio de los suyos mientras el capitalismo que las causa queda no solo intacto sino reforzado. Historias sobre pobreza, disidencias, revoluciones, marginalidades, pero escritas y dirigidas por ricos, hijos de ricos, nietos de ricos y representadas en lugares a los que nunca acudirán los legítimos agentes de esas historias: desde la platea a veinticinco euros la entrada se oyen aplausos ensordecedores.

Así, una puede estudiar un máster de teatro en Londres y regresar para hablarnos de la precariedad de la juventud española; ser integrante de la aristocracia más rancia de España y hacer *teatro político*; crear *teatro comunitario* sin remunerar a los actantes; dirigir un teatro público y programarse a sí mismo; organizar *dramawalkers* por la miseria ajena.

La cadena que impide el acceso de las autoras de clase obrera a los espacios de enunciación expropiados por los ricos es larga, compleja y, sobre todo, es invisible. Desde instituciones públicas fallidas que reproducen la estructura de un cortijo, hasta la autoexplotación neoliberal que mantiene la ilusión del desclasamiento futuro si una se esfuerza lo suficiente.

Quizás sea ese entramado de causas y consecuencias el que debemos visibilizar. De lo contrario, ¿visibilizar el qué, para quién, a qué precio?

Si escribo es para reapropiarme de la palabra, que siempre ha sido nuestra, pese a que el intento de impedirlo es incesante. Querida directora de un teatro público que programa solo a sus amigos, querido autor que escribe sobre los márgenes desde su piso en el centro de Madrid: nuestros hijos van a comerse a los tuyos. Y lo harán también en escena.